



PERIODISMO: EL FAST-FOOD DE LA LITERATURA, LA HISTORIA CON MINÚSCULAS. Por Jesús Iribarren Corera, Redactor de Diario de Noticias

Los periodistas son los escritores de buzo, los historiadores del día a día. El periodismo es un oficio. La literatura es un arte. La Historia, palabras mayores. Algunos periodistas pasan a la Historia como buenos escritores (García Márquez, Hemingway...) pero muy pocos escritores pueden ser buenos periodistas. Todos cuentan historias, historias humanas (con minúsculas), pero la diferencia entre una realidad de otra es el tiempo. El periodismo es el arte de leer, escribir y ser leídos con rapidez: el fast-food de las letras, el menú del día de la Literatura. Una página de un periódico puede costar escribirla 3 horas y en apenas 24 sólo será ya un papel amarillento, una bola arrugada en la papelera o un envoltorio de un bocadillo. Ni siquiera sirve ya de salvavidas taurino ya casi nadie corre el encierro con el periódico enrollado, un final un poco más digno y épico para este meritorio trabajo contra reloj pedaleando sobre el teclado. Y eso que aquellos corredores que subían la Cuesta de Santo Domingo con las noticias en la mano y el miedo en el cuerpo, no sabían que quizá al otro día ellos mismos podrían ocupar esa portada.

Para buscar una noticia -el alma de un artículo de prensa- hay que ver, escuchar y leer mucho. Leer entre líneas, leer en diagonal, leer el transfondo de lo que pasa, buscar dobles lecturas, leer la cartilla a más de uno... Miles de palabras de conferencias públicas o informes filtrados, cientos de imágenes y decenas de voces pasan por la cabeza de un periodista -que va horneando su tesis y su conclusión, su título y su despiece- mientras camina hacia la redacción para enfrentarse a la centelleante pantalla del ordenador que no permite las licencias literarias como esperar a que venga la "inspiración", releer o corregir al día siguiente. El periodista se queja de la presión temporal para hacer bien las cosas, pero, posiblemente con más horas de margen, seríamos incapaces de mejorar un texto. Esa es la impresión que me dejó la única incursión semiliteraria pública que tuve escribiendo las memorias de un veterano de la II Guerra Mundial. En el vertiginoso mundo informativo, lo que cuenta es la relación calidad/precio, resultado/tiempo invertido. En Periodismo, el tiempo es oro.

En prensa todo es para ayer. Se vive un día por delante del resto de la ciudadanía y se envejece poniendo las fechas en el margen de la página. Pero ese apresuramiento, esa lucha contra el cierre de edición no puede con el gozo íntimo y la responsabilidad pública de escribir para ser leído. Y esa facultad de separar el trigo de la paja, lo importante de lo accesorio, y contarlo en las menores palabras posibles no se improvisa. Gran parte de ese bagaje que se actualiza y se pone a prueba cada día proviene de una afición -obsesión casi- previa por la lectura. El periodista odia los diccionarios pero se precia de haberse devorado los mejores libros de la Historia de la Literatura y las últimas novedades. Los informadores, seguros de sí mismos con la boca grande, restan importancia al periódico rival pero acuden cada mañana con el corazón en un puño al kiosko por si le han pisado una noticia o para comprobar que la competencia no ha contado mejor el mismo hecho. Todas las mañanas menos la del domingo, si es festivo, (día en el que también se lee a los nombres propios de la profesión, divos de la pluma periodística y grandes periódicos) o en vacaciones, aunque raro es aquel *plumilla* que no se trae de recuerdo de un viaje en el extranjero una cabecera exótica o curiosear la prensa de una ciudad en la que se está de paso.

Sin lectura no hay escritura pero con escritura sólo, no hay Periodismo. Las hojas de un periódico, y más hoy en día con Internet, comienzan a plagarse de textos ajenos a la profesión. Igual que todo el mundo opina de fútbol o política, cualquiera se considera capacitado para calibrar un reportaje o una noticia, o más aún, juzgar a un reportero o un informador. No es corporativismo, pero de la misma manera en que nadie se dejaría operar por un médico sin titulación, sorprende que cualquiera se atreva a llenar (maldita palabra que degrada la profesión) un hueco en un periódico. Y la otra cara de la moneda:



así como ningún peón de la construcción estaría ocho horas al día cargando sacos de cemento en una obra sin cobrar, miles de becarios y becarias pasan meses en las redacciones sin nómina. ¿Ley de vida? ¿Deseo de ser leídos? ¿Los periodistas salvadores del mundo por contar la verdad? Supongo que vocación. Yo la encontré precisamente en el ámbito escolar con un proyecto de un periódico diario tirado con fotocopias sobre las noticias de los recreos que, por suerte, nunca vio la luz en aquel colegio público de barrio en el que estudié y sobreviví, pero en el que aprendí mucho más de la vida y de Periodismo que en la Facultad. Eran los años 80 y en Pamplona pasaban muchas cosas. Y el Periodismo me vino por tradición familiar. No se vayan a pensar que tengo grandes ascendentes del mundo de la rotativa y la linotipia, no, mis abuelos eran obreros y carteros y repartían cada mañana un periódico ya desaparecido y en la taberna de pueblo que regentaban convergían todas las noticias del valle. Para enojo de mis padres, desde pequeño me di cuenta de que en mi familia teníamos un don: éramos capaces de hacer dos cosas a la vez: leer el periódico y desayunar, leer el periódico y atender una conversación, leer el periódico y mirar al semáforo... El periódico ha sido desde siempre el amanecer de cada una de mis jornadas. Ahora también es lo que me da el pan de cada día y me quita muchas noches de sueño. Pero es posible soñar con cambiar el mundo con unas pocas letras. Y eso no tiene precio.